ORACION FÚNEBRE,

QUE EN LAS SOLEMNES EXÊQUIAS

CELEBRADAS

EN LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO PRIMADA DE LAS ESPAÑAS
EL DIA 9 DE JUNIO DEL AÑO DE 1804,

A LA PIADOSA MEMORIA

DEL EXCELENTÍSIMO Y EMINENTÍSIMO SEÑOR

DON FRANCISCO ANTONIO LORENZANA,

POR EL EXCELENTÍSIMO Y EMINENTÍSIMO SEÑOR

CARDENAL DE BORBON,

ACTUAL ARZOBISPO,

Y EL CABILDO,

Con asistencia de la muy Ilustre Imperial Ciudad,

DIXO

EL LICENCIADO DON MATEO DIAZ DE RÁVAGO,
CANÓNIGO MAGISTRAL.

Concluyó su Eminencia con la Absolucion solemne Pontifical.

MADRID:
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑIA
1804.

que como torrente arrebata la juventud á dar muestras de la luz de su justicia, alumbrando por la inocencia de las costumbres, reprehendiendo con su exemplo los excesos de sus iguales, subiendo como por escalones de virtud en virtud, resplandeciendo como sol en su medio dia, quando el Señor le coloca en ocupaciones altas y eminentes; y aun quando lleno de dias toca á una edad avanzada, nunca cesa de crecer hasta el dia perfecto de su feliz traspaso: *Justorum semita, quasi lux splendens, procedit, & crescit usque ad perfectam diem.*

Quando ois hablar de esta suerte al Espíritu Santo, aunque la ceremonia del lúgubre aparato que nos convoca no os despertára, me parece que sin mucha violencia fixais ya vuestra atencion en el Excelentísimo y Eminentísimo Señor Don Francisco Antonio de Lorenzana, Obispo de Plasencia, Arzobispo de México, Arzobispo de esta Santa Iglesia Primada de las Españas, Canciller Mayor de Castilla, y Cardenal de la Santa Iglesia: en aquel hombre justo y sencillo, que caminó en la inocencia, con que comenzó la carrera de su vida: aquel hombre, de quien

se puede decir lo que Moysés del otro Patriarca, que *quales fuéron los dias de su juventud, tales han sido los de su vejez* (a): aquel hombre, del qual no era digno este siglo infeliz y perverso, formado ciertamente para el de nuestros padres: tiempo dichoso, en que la buena fé era la virtud que dominaba; en que una noble ingenuidad hacia aborrecer la arte y astucia, que por desgracia la han sucedido; en que el conocimiento de precauciones era inútil, porque no se habia aun inventado la sagacidad de suplantarse; en una palabra, aquel tiempo cuya ciencia toda se reducia á ignorar las costumbres de este fatal y funesto en que vivimos.

Pues así como el sol desde la aurora alumbra lentamente con su luz, vivifica despues con su aumento las criaturas, y en su perfeccion hace sentir al universo su influencia benigna, y vemos que se descubre no menos para el agradecido que para el ingrato, que reparte el calor con la misma liberalidad á los humildes valles que á las altas montañas; así la vida del Señor Lorenzana fué útil y

(a) Deut, cap. 33.

benéfica para recrear á sus hermanos mientras fué creciendo, por la pureza de sus costumbres, y docilidad de su espíritu; y quando se vió elevado en la perfeccion de sus altos destinos, alumbró como antorcha sobre el candelero de la Iglesia por la actividad de su zelo, en desterrar la corrupcion de sus subditos, y por la grandeza de su corazon en promover la felicidad de la Iglesia con su justificacion y desvelos, en remediar con su caridad la indigencia de los miserables y necesitados.

Este es el asunto que me he propuesto para hablaros en este dia, en el qual reparo por vuestro exterior como que me quereis prevenir, presentando en vuestro espíritu tantas acciones de que habeis sido testigos, y que sabreis reunir con mayor viveza y energía que la que yo puedo emplear en mis palabras. ¿Qué quiere decir sino, la tristeza que manifestais? Pues aun este elogio fúnebre en mí tampoco es mas que un testimonio de mi sentimiento y dolor. Contemplo esta solemnidad y me conmuevo, especialmente quando os miro á vos, Señor Eminentísimo, enternecido, sintiendo la muerte de un Prelado que

os educó desde niño, en cuya amable compañía habeis vivido siempre tan gustoso, que huérfano ya desde los crepúsculos de vuestra vida, habeis reconocido como padre, y él os amó tan tiernamente como un hijo: digno hijo, y tan heredero de sus virtudes, como sucesor de su Dignidad, que ennobleceis, y engrandeceis, (dígolo así, porque así lo sentiria si me escuchara) sobre lo mucho que trabajó por desempeñarla.

Si os propusiere pues, oyentes mios, algo que os satisfaga, nunca lo podré yo quedar; pues si me atrevo á esta empresa, superior ciertamente á mis fuerzas, tanto mas débiles quanto mas corto es el tiempo que se me ha concedido, me la ha impuesto el respeto, me obliga el honor, y me hace aceptar el ser agradecido; y así siempre me quedaré inferior al asunto, pero contento con haber puesto todo mi conato para el desempeño. Sufridme pues, y disimulad en este obsequio, el último que vosotros y yo consagramos á aquel Prelado dignísimo, que mientras vivió nos abrazó á todos en caridad y buena inteligencia; que á muchos de vosotros ensalzó y condecoró, para que hoy celebreis su memoria

con una oracion fervorosa, tanto mas, quanto mayores son las pruebas que conservais de su predileccion y ternura.

§. I.

El hombre no comienza propiamente á vivir sino quando acaba de morir; pues la vida que ha pasado no es sino disposicion para la eterna, que es aquel dia perfecto á que por último llega con sus pasos y continuos aumentos: antes de este punto si la indigencia no le apura, la opulencia no dexa de ser su tormento; y acometido por todos lados de miserias, no puede escaparse de este tropel importuno, á no ser que se eleve sobre sí mismo, y entre en comercio con la eternidad; porque en la muerte no hay ya vanidades que deslumbren, ni ilusiones que ofusquen, ni deleytes que inficionen: todo es nuevo; nuevas ideas, nuevos deseos, hasta la caridad es nueva, no en sustancia, sino en el modo con que posee el Sumo Bien, que en fé y esperanza habia buscado; y para esto se deshace entónces de tantos lazos como le atan á la tierra, y lanza su espíritu á la patria de la verdadera sabiduría.

Pero aunque nos estamos lamentando sin cesar de todas estas miserias, convencidos al mismo tiempo de la solidez de la virtud, con todo eso, ni dexamos de correr tras de estos fantasmas, ni tratamos de abrazar el partido de la virtud: nos quejamos de la inconstancia de todo lo terreno, y poniéndonos el Señor continuamente á la vista tantos exemplares, son muy raros los que admiten el desengaño, comenzando por la virtud y adelantando en ella, para conservar la inocencia primera que el Señor les infundió con su gracia.

Entre estos escogidos ha sido uno el Prelado que lloramos: fué su vida de las mas brillantes y largas que ha conocido el mundo, á quien dexa hoy materia bastante para ponderar quál es la grandeza y felicidad de un hombre, que llegó á reunir en su persona tan dilatada vida, como memorable gloria. Ninguno se puso á exâminar tan de cerca el cúmulo de grandezas que se admiran en el mundo, como este grande Arzobispo y Eminentísimo Cardenal: ninguno las exâminó con ojos mas perspicaces que este Filósofo christiano; y ninguno las observó por mas tiempo que el que por su virtud en el vigor de sus

años fué escogido para Prelado de esta Silla, y Canciller mayor del Reyno, pues conservó en su ancianidad la fuerza y espíritu de los primeros años.

Desde entónces se notaron en él los preludios de su grandeza, y como que queria el Señor publicar en la gracia de su rostro y todo su exterior las felices impresiones que tanto habian de recomendar su alma: no fué ciertamente herencia de sus padres, de quienes no pudo sacar en el orígen sino la maldicion en que todos somos concebidos como hijos de ira (*a*); pero debió el cultivo al cuidado y desvelo de la educacion de un tio, que huérfano le acogió, y á los Padres Benedictinos, que supieron con su prudencia cultivar su inocente espíritu, y enderezar esta planta tierna por la senda de la virtud, que nunca torció. Le inspiraron desde luego las máxîmas christianas y temor santo de Dios, que conservaron en su honrada familia, y apreciaban sobre las demas posesiones y distincion de la sangre que tanto se aprecia en el mundo, para ir perpetuando en este niño la alianza pre-

(*a*) Ephes. 2.

ciosa del honor con la virtud. Elogio grande, que realza su ilustre descendencia y familia, una de las primeras y mas antiguas del reyno de Leon: para convenceros basta su notoriedad, sin que necesite yo formar una larga historia de las acciones y proezas de sus mayores; arte muy usada en el mundo para subir muchas veces á buscar origen en fuentes desconocidas, y en que tantas se pierde el esfuerzo del adulador, contando como ciertas las que no son sino hazañas de heroes fabulosos; y quando sean verdaderas solamente sirven para lisonjear espíritus orgullosos con *genealogías interminables*, segun se lamenta el Apóstol (*a*). La mayor gloria de los Lorenzanas es haber conservado siempre su honra en una continuada sucesion de virtudes. ¿Qué esperanza no podian tener de que educaban una posteridad digna de ser agregada al número de tantos honrados ascendientes?

¿Pero en dónde están hoy los padres y maestros que aconsejen la virtud, y exhorten á cada uno á la ocupacion propia de su estado? Como el Señor Lorenzana fué tan afor-

(*a*) 2. ad Thim. 1.

tunado en punto tan importante, ¿quántas veces le oimos lamentar este descuido en conversaciones particulares? Y como era una materia que tanto le dolia, era el asunto que siempre tomaba para aquellas exhortaciones tan sencillas como devotas que con freqüencia y facilidad nos hacia. Se quejaba en la amargura de su corazon de que se reducia hoy toda la crianza á la hojarasca de bellos discursos, sin proponer á los niños sólidas doctrinas, y saludables exemplos. ¡Qué vergüenza, exclamaba en medio de esos cigarrales, sin mas púlpito que el de un tosco peñasco! ¡Qué vergüenza, que pongais tanto esmero en conservar una mata de albaricoques, ó una oliva, y seais tan negligentes en la crianza de vuestros hijos! Si hablaba en alguno de nuestros templos, se valia graciosísimamente de la ironía para ridiculizar las modas, y avergonzar á padres y maridos que las consienten.

Los dos conocimientos mas esenciales que debemos adquirir son el de Dios, y el de nosotros mismos; por falta de ellos ni consideramos á Dios, ni pensamos en nosotros, y esta es la causa porque se adoptan hoy tantas opiniones extravagantes, ya sobre la inmor-

talidad del alma y nuestro eterno destino, y ya tambien sobre la divinidad del Sér Supremo. Toda su vida miró nuestro Prelado con horror á los Filósofos del dia, y les tuvo tal opinion que si no pudo desterrarles de entre sus ovejas, quando por altísimos secretos de la providencia de Dios se vió Inquisidor general, declaró la guerra á los malos libros, persiguiéndoles á costa de muchos trabajos, contradicion y fatiga. No quiero desentrañar ahora si prosperó en su trabajo, ni ponerme á discurrir sobre la suerte de los libros, y sus Autores, porque ni es de mi inspeccion, y me distraeria del asunto.

Como la compasion se habia impreso tan fuertemente en el corazon del Señor Lorenzana, se dolia con mucha ternura de la suerte de los pobres, y aun en la estrechez de estudiante les socorria segun sus cortas facultades. Así se fué acostumbrando á la limosna, en la que quando despues pudo, no puso término, porque desde entónces comenzó á mirar el dinero con tal desprecio, que no le encontraba provecho alguno sino en quanto era expendido en beneficio público, ó derramado en el seno de los necesitados. Y ved aquí ya

de qué modo la ocupacion de su niñez comenzó á ser ensayo de aquellas grandes virtudes que en él tanto resplandecieron. Aprendió en edad tan tierna á consagrar su corazon á Dios, levantando todos los dias las manos al cielo en la oracion, y cuidando de fortificarse por la freqüencia de Sacramentos. ¡Qué bellas esperanzas! ¿No eran estas disposiciones inocentes anuncio cierto de una juventud arreglada, de una mocedad juiciosa, y de una vejez sin remordimientos ni sobresaltos? ¡Qué fondo de ingenuidad, de moderacion y afabilidad! qué sencillez en sus acciones! quánta tranquilidad en su interior! y ¡qué candor en sus palabras!

Tales eran los pasos que iba dando, y aumentos con que crecia esta luz, quando el Señor, para acercarla mas al candelero en donde habia de tener su perfeccion, le conduxo á la compañía de los sabios, á una de aquellas ilustres casas, escuela de hombres consumados por la prudencia, oficina de Jueces integerrimos, de Obispos zelosos, de Gobernadores ilustrados: ¡oxalá que, si como me es permitido nombrarlas, pudiera yo volver mis ojos hácia ellas como en su antiguo ex-

plendor! ¿Pero qué tormenta tan deshecha así os ha conmovido? ¡*Hæccine*! ¿Con que ya no nos ha quedado por desahogo mas que este triste lamento? ¿Y qué combates hubo de sostener el Señor Lorenzana para conservar ilesas las preciosas semillas de su virtud? ¿A quántos enemigos juntos tuvo que hacer frente para prevenir una sorpresa? Quanto mas iba adelantando, mas expuesto estuvo, ó á que le engañasen los sentidos, ó seduxesen falsas opiniones, ó la juventud le distraxese, ó las pasiones le arrastrasen, ó la honra y distincion le deslumbrase: todos estos ministros que combaten por la mentira, hacen camino tambien á la corrupcion de costumbres; ¿y quántas veces acobardada la alma que busca la verdad, cercada de tantas emboscadas y enemigos, como que se espanta, y piensa volver atras?

El Señor Lorenzana se conoció asaltado por los fantasmas de los placeres, y la quimera del honor: se admiró de ver el ídolo de la vanidad asentado en el espíritu del mundo: observó que muchos á su mismo lado no respiraban sino un ayre contagioso; y se espantó por el peligro que corria de verse inficio-

nado: con un ligero descuido á poca libertad que hubiera dado á sus sentidos, hubiera llorado perdido el desvelo de tantos años. Pero aprended, jóvenes, y admirémonos todos: tan tímido de sí mismo, y vigilante por conservar el tesoro del Señor, tomó para su gobierno interior tres precauciones inviolables en el discurso de su vida. La primera, hizo voto de nunca estar ocioso: sabia muy bien que como las malas compañías corrompen las buenas costumbres, la ociosidad es madre de todos los vicios: que un hombre ocioso es como un soldado sin armas, cercado de enemigos, y expuesto á una inevitable ruina. ¿Quántas veces hemos oido hablar de ocupaciones extrañas á su ministerio, que acaso han servido á los malévolos de materia para jocosidades, ó mordaces, ó importunas? ¿Qué hubieran hecho mas que edificarse, si hubieran llegado á conocer el espíritu de estas acciones?

La segunda precaucion fué nunca quedarse en la cama en despertando: habia conocido la libertad que se toma en esta situacion y postura la imaginacion, atizada por el demonio del medio dia, y acalorada por la concupiscencia, ó para recordar especies molestas

que tantas veces recogen los sentidos sin licencia de la razon, ó para forxar otros fantasmas tan nocivos como molestos. Meditaba ya la Sagrada Escritura, y enseñado por el Real Profeta (*a*), pedia al Señor su proteccion, poniendo de su parte las diligencias que dicta una vigilancia christiana, para que su oracion no fuese de puros deseos.

La tercera y última precaucion fué nunca hablar con muger alguna á solas, y sin alguna persona á la vista: con estas tres precauciones, como con tres muros, defendió siempre la virtud de la castidad, que conservó ilesa: sabia que es el adorno mas exquisito de un jóven, pero conocia lo fragil y quebradizo del vaso en que se ha de conservar: que no puede exponerse sin sobresalto al peligro, porque no puede detenerse en él sin perderse, y así queria defender esta azucena de aquellos ayres destemplados que con tanta facilidad la marchitan, y á que con tanta temeridad se expone.

O vosotros, que á imitacion del Señor Lorenzana aspirais á la pureza, poned centi-

(*a*) Psalm. 90.

nelas sobre la jerusalen de vuestra alma (*a*), que la guarden y defiendan de dia y de noche: cercadla con las saludables precauciones que os enseña; y á lo menos ya que llorais su muerte, porque no sean estériles vuestros llantos os edifique su vida, para que seais cautos en un peligro que á todos amenaza.

Así se iba aumentando esta brillante luz, que conservando siempre intactas las virtuosas impresiones con que entró en Salamanca, fué adquiriendo nuevos conocimientos en aquella famosa y antigua Universidad. Y por eso, despues de haber llenado su espíritu sólido y fecundo, juntando con su sabiduría una dulzura nada comun, con una franqueza y discrecion singular, llevando pintada siempre en su graciosa figura la modestia, la compostura, é inocencia, se presentó en Sigüenza, y el Cabildo le eligió por Doctoral: corta recompensa para su mérito, Señor Eminentísimo; y como era tan conocido, llamó la atencion del justificado gobierno de S. A. el Señor Infante Don Luis, glorioso padre de vuestra Eminencia, entónces Arzobispo y Carde-

(*a*) Isai. c. 62.

nal, y le trasladó á esta Santa Iglesia Primada, como para agregar un individuo tan digno á tantos varones insignes que la hacian venerar en el mundo. En estas Comunidades tan ilustres como escogidas pasó los mas bellos y vigorosos años de su vida: en la compañía de estos hombres se fortificó mas y mas en la solidez de la doctrina que habia adquirido, y aquí tambien perseveró, excitado por tantos exemplos en aquella noble virtud, que cultivó siempre aunque sin fausto, ni hipocresía.

¿Qué ideas no formó primero para vivir juntamente entre tan dignos compañeros? Sorprehendido y confuso por la estimacion que de él se hacia, se propuso desde luego por máxîma fundamental de su conducta aquella sentencia de San Ambrosio (*a*): *que nada hay tan útil como ser amado, y que ninguna cosa hay tan amable como la bondad que todos conocen.* Esta fué la regla con que se conservó siempre en buena armonía con sus compañeros. Cumplia puntualísimamente con todas las funciones de Iglesia, y se notaba en él un cuidado religioso en observar todas las ceremonias: su deseo

(*a*) Lib. 2. de Of. 7.

mas vivo habia sido no separarse jamás del Coro y del Altar; pero no era su funcion precisamente la de Levita; no era su única ocupacion *permanecer al rededor del Arca, y cantar las alabanzas del Señor* (*a*): en una, y en otra Iglesia fué empleado en trabajos que le distraian, allá por el oficio Doctoral, y aquí por el de Vicario.

Y aunque por sus empleos andaba expuesto á los ojos del Público, siempre igual á sí mismo, amó una sociedad juiciosa de gentes recomendables por la ciencia, política y honradez: allí daba libertad á su genio festivo, y á la fuerza de su espíritu; tan humilde sin embargo que con advertencia parece se queria volver á la edad de los niños, con quienes inocentemente se familiarizaba; y que siendo ya Vicario y Jurista de profesion no se desdeñó ser discípulo, sujetándose á estudiar todos los dias un artículo de Santo Tomás. ¿Con quánta edificacion y admiracion de los que sabian el secreto, se veian todos los dias el maestro y el discípulo en los paseos, quando los demas entregados á la ociosidad

(*a*) Par. c. 16.

van á recoger por sus sentidos tantas vanidades, y acaso objetos funestos á su alma, ellos dos iban á recrear su espíritu? el uno comunicando sin envidia sus luces, y el otro recibiéndolas con ansiosa docilidad, tanto que se puede decir que la doctrina del Santo Tomás habia sido la principal tarea de sus primeros estudios.

Sí, señores, en aquel tiempo tan crítico y tormenta deshecha, que hizo desaparecer la nube de opiniones laxâs que tanto se aborrecieron: en aquella tempestad, que llegó á sepultar el famoso sistema que tanto ruido hizo en el mundo, y tantas fatigas ocasionó á la Iglesia, el Señor Lorenzana era uno de aquellos hombres señalados como para centro de la unidad, y oráculo de la doctrina á que se habian de atener los que no quisieran fluctuar agitados por el viento de tan diferentes opiniones (*a*). ¿Cómo era posible que un varon tan conocido en estacion tan borrascosa, quando ó el temor ó la conformidad de pensar, ó el no exponerse á la calumnia, oculta los unos, auyenta los otros, y á muchos

(*a*) Apost. ad Eph. 4.

reduce á perpetuo silencio, se quedase aun como escondido debaxo de la medida, y no fuese colocado sobre el candelero?

§. II.

Esta es aquella perfeccion y altura á que le venia elevando por sus pasos y aumentos la providencia del Señor; ved ya esta resplandeciente luz en su perfecto dia, y colocado el Señor Lorenzana en el candelero de la Iglesia. ¡Cómo pudo, á no ser llevado por el brazo poderoso de Dios, ser en tan pocos años Obispo de Plasencia, Arzobispo de México, Arzobispo de Toledo, y Cardenal de la Santa Iglesia! ¡Oh, y *quán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz* (a), y llevan noticia de los bienes que van á comunicar! Tan rápidos progresos, y por lo mismo extraordinarios, no dan motivo para sospechar que se hiciese camino por alguno de aquellos medios que son tan conocidos en el mundo. No fué el favor que solicitase por obsequios, porque le era esta ciencia enteramente desconocida: no eran correspondencias que cultivase en

(a) Ap. ad Rom. 10.

la Corte, porque no tenia negocios ni asuntos que las pidiesen: no fué la casualidad, porque aunque apenas fué electo para Plasencia, se sintió interiormente movido, se tomó tiempo para deliberar con sus confidentes y amigos; y aunque acalorado entónces el espíritu de partido, ni él atizó el fuego con escritos, ni supo mas que cumplir con su obligacion; en una palabra, no fueron las turbulencias públicas las que le ensalzaron, su mudanza y elevacion fué obra solamente de la diestra del Señor.

Las dignidades y grandeza son como un contagio, que no satisface jamás el ojo del ambicioso, ni llega á saciar el corazon del presumido y temerario que nada conoce. El Señor Lorenzana supo merecer, pero no se atrevió á pedir. La rapidez misma con que se dexó ver en Plasencia, qual relámpago luminoso, que apenas se muestra quando desaparece, es buena prueba de la mano invisible que le conducia. Como el Señor le destinaba á edificar y destruir, á plantar y arrancar; como era enviado á poner fuego á la tierra; como si en Plasencia no hubiera suficiente maleza que desarraigar, ó sus términos fuesen estre-

chos para contener el ardor de su zelo, poco hizo y padeció mucho, acrisolándose con una enfermedad molesta que toleró con heroyca paciencia. Pasó pues el Señor, quando menos y ninguno lo pensaba, esta luz mas allá de los mares: levantó este fuego y le trasladó á aquella Provincia tan feliz por la benignidad de su temperamento, como desdichada por el horror de sus vicios, por las tinieblas de su ignorancia, y disolucion de sus habitadores.

Desde que el Señor Lorenzana vió una traslacion tan poco regular segun se discurre en el mundo, se convenció interiormente que era voluntad conocida del Señor: alcanzó á ver las fatigas que le esperaban, pero sin acobardarse, porque siendo obra de Dios quedaba por su cuenta el desempeño. ¿Y qué descripcion os podré hacer del lastimoso estado en que encontró á México? ¿Acaso el mismo que tiene y nos refiere, poseido de una tristeza profunda, el que hoy le ha sucedido? ¿Qué lástimas no cuenta en sus cartas? ¿Quántas lágrimas no le cuesta todos los dias el ver la poca rectitud en los juicios, desconocida la buena fé en el comercio, ninguna fidelidad en los matrimonios, poca concordia entre los

habitantes, ningun trato entre los parientes, poco respeto á las Leyes, y desconocidas las prácticas y exercicios de virtud? El mismo sin duda era entónces, porque concluye lleno de amargura en una de sus cartas, que no ha conocido gente mas inconstante, y que sus pecados son irremediables.

Tal fué el destino que le deparó la providencia del Señor: el Señor Lorenzana fué el operario que envió el padre de familia á desmontar y limpiar aquella tierra inculta, y tanto, que siendo la Capital una Ciudad católica, sin embargo en medio de México: ¡ó asombro! en medio de México, entre los Indios siempre propensos á este vicio, encontró Idolos é Idólatras que les adoraban. Corazon magnánimo y generoso, ¿quál fué tu sorpresa quando lo entendiste? ¿Cómo no se acobardó tu alentado espíritu? Pero como si la misma dificultad de la empresa le inspirara nuevo valor y enardeciera su zelo, emplea la dulzura y suavidad de la exhortacion, la fuerza del exemplo, y rigor de la Ley.

Comienza despertando del letargo á sus cooperadores los Párrocos, que entregados en medio de la abundancia á una lastimosa tran-

quilidad, dexaban sus ovejas andar errando á gusto de sus deseos y apetitos: los pueblos de sus dilatadas feligresías ni eran instruidos ni consolados, porque ignoraban el secreto que dexó Jesu-Christo en el Santo Evangelio, y no habia quien se lo descubriese. Esta fué la primera reforma que emprende, porque sabia muy bien que los pecados de los Párrocos, como mas instruidos, quando llegan á descaminarse, sobre ser enormes, son escandalosos; y que si desprecian la Religion los que deben hacerla respetar, arrastran consigo á la muerte muchos de aquellos, á quienes habian de mostrar el camino de la vida.

Afligian estos desórdenes su piadoso corazon; pero ¿quál fué su apuro quando llegó á entender que tenia paises en el territorio de su Arzobispado habitados por hombres que vivian como fieras, y se diferenciaban muy poco de ellas? Crueles, inhumanos, sin Dios, sin Ley y sin Religion. ¡O miserables! exclamaba, ¿de qué os sirve haber nacido, pues ni conoceis el cielo, ni á Jesu-Christo que os le mereció? ¿En dónde está el entendimiento, ó qué uso haceis de vuestra razon? ¡O suerte infeliz la vuestra! ?Y os habeis de conde-

nar sin tener la mas leve noticia del infierno? Vamos pues á buscar estas almas; sois ovejas mias. Envia desde luego para consolarse operarios, despacha Misioneros: aun es poco, es preciso que salga el Pastor en busca de la oveja perdida. Emprende la visita de la Diócesis, y comienza por lo mas áspero, en donde la necesidad era mas urgente: queria recorrer por sí mismo aquellos lugares incultos y desiertos llenos de salvages; no hay dificultad que se oponga y acobarde su zelo. ¿Dexó acaso alguna Parroquia que no viese, que no socorriese, y en que no trabajase por disipar las tinieblas de la ignorancia? ¿Hubo alguna montaña tan inaccesible, ó risco tan empinado que no regase con el sudor de su rostro? ¿Dexó algun rincon que no fecundase con la semilla del Santo Evangelio? Pues ni los despeñaderos ni precipicios le acobardaron para descolgarse á los valles, sobre la nieve, por entre arroyos, fatigado, mal comido, y aloxado. ¡O sed verdaderamente insaciable de la salvacion de las almas!

Contempladle ahora, despues de tan penosas fatigas, en su capital, en el sosiego de su retiro, partido (por decirlo así) entre sus

fieles para la instruccion y reforma, y el público para su beneficio. La Iglesia y el Estado fuéron los dos puntos que le llevaron siempre todos sus desvelos: sus rentas no parece tenian otro destino mas que promoverles. ¿Las distraxo por ventura en fomento del luxo, ó en su propia comodidad, ó para enriquecer á sus parientes? Hijo verdadero de la Iglesia, y al mismo tiempo Español el mas zeloso de las glorias de su patria, les propuso siempre como el objeto de sus grandes operaciones. ¿Quién no se admira de que apenas ha llegado á México quando trata de publicar las cartas á nuestro Católico Monarca; aquellas relaciones exâctas que le hace el famoso Hernan Cortés de los sucesos en la conquista, de la riqueza de los pueblos, y de las contribuciones que pagaban antes á su antiguo Soberano? Relaciones mas preciosas aun en mano del Señor Lorenzana, como quien las enriqueció con observaciones propias, y exquisitos descubrimientos: monumento insigne, que se ha conciliado la estimacion de los eruditos, y llamado la atencion de las naciones cultas. ¿Quién hasta entónces, desde su descubrimiento, habia hecho servicio mas in-

teresante á la Monarquía? Quando otros pasan los mares para extraer sus preciosidades, el Señor Lorenzana no estuvo allá, sino para dexar quanto tenia en beneficio del reyno; vasallo el mas noble, leal, desinteresado, y generoso.

¿Pero qué hijo mas verdadero de la Iglesia? Estaba entendiendo en dar á luz tan raros y deseados documentos, y estaba al mismo tiempo desenterrando los Concilios Provinciales, sepultados por la mayor parte en el polvo del olvido, ó desatendidos por la inobservancia: mas perspicaz que otros sabios diligentes, que no alcanzaron á tener noticia mas que del tercero, el Señor Lorenzana penetró hasta el origen de todos, hasta aquella junta Apostólica, que celebró como Legado del Papa, y con asistencia del heroe conquistador Fr. Martin de Valencia. A imitacion de otros nacionales é ilustres Escritores, ordenó é hizo imprimir una coleccion amplísima de todos ellos, con ilustraciones contínuas de las dudas que ocurrian en las decisiones. Por un medio tan acertado queria ilustrarse él mismo, y disponia toda la Provincia, presentando como guia para el acierto de su Concilio Pro-

vincial, la disciplina anterior de tan respetables asambleas.

Convocóle en fin, y llamó los Obispos y Párrocos, para que conviniendo todos en la calidad de los males, se conformasen y uniesen para el remedio. ¿Quántas exhortaciones, sermones, y continuos desvelos por sí mismo, por zelosos Ministros, sin pararse en estorbos, sin acobardarse por dificultades, sin detenerse por contradiciones, sin temor de las quejas, y no haciendo caso de murmuraciones? Empeñado en ganar almas á Jesu-Christo, y en conducir sus ovejas por pastos saludables, á unas atrae por la dulzura, otras gana por la paciencia: unas veces escribe, otras habla, y las menos castiga: pasó por todos los obstáculos con fortaleza tan heroyca de espíritu y grandeza de corazon, que en los mayores apuros publicaba su serenidad por su mismo exterior.

Feliz trabajo, por el qual como en recompensa, le hizo ver el Señor su Arzobispado en un aspecto mas dulce que en el que al principio le miró. Los Religiosos, que mas vivian en el mundo que en el claustro; que aunque vestian el hábito de sus Fundadores

no conocian su espíritu; se recogieron á la observancia, y volvieron á alabar publicamente á Dios, de quien andaban olvidados. Los Conventos de las Vírgenes, casas del Señor, asilos de pureza, y escuela de mortificacion, sin clausura entónces ni recogimiento, transformadas en concurrencias de diversion, de algazara y pasatiempos, volvieron á ser jardines cerrados, fuentes selladas, para que las Esposas del Señor (*a*) no bebiesen ya en adelante mas que aquella agua que salta hasta la vida eterna (*b*). Los Sacerdotes enteramente olvidados de la gracia de su vocacion, piedra de escándalo de sus hermanos, eran ya los instrumentos de las conversiones, y cooperadores dignos de su ministerio; en una palabra, las ovejas desmandadas volvieron al rebaño de Jesu-Christo: los niños recibian instruccion, el luxo comenzó á reformarse, se iban desterrando las máxîmas perniciosas, la nobleza entregada á la piedad, los señores compasivos con sus esclavos, los siervos fieles, los padres velando sobre sus hijos, y los hijos obedientes á los padres.

(*a*) Cant. 4. (*b*) Joan. 4.

¡O México! ¿cómo pudiste dexar de mirar en tu transformacion el dedo de Dios? Si has vuelto al vómito, no tienes que decir te han faltado instrucciones; ninguna disculpa te queda en tu ignorancia, disolucion y avaricia: acúsate á ti misma, que tan lastimosamente y tan pronto echaste en olvido el remedio que el Señor Lorenzana puso en tus manos.

§. III.

Pues así como el sol (que es el símil de que se vale el Espíritu Santo en el Libro del Eclesiastés) (a), *así como el sol sale por la mañana, y se pone á la tarde, y vuelve á su lugar*; esta luz resplandeciente que tuvo, por explicarme así, su oriente en Plasencia, y su ocaso en México, repartiendo su fecundidad é influencia en uno y otro emisferio, llenando de bienes todas las tierras que alumbró: como el sol, vuelve á su lugar en calidad de Arzobispo de esta Santa Iglesia Primada, en donde antes habia sido Canónigo, para alumbrar en la perfeccion de su dia y derramar bienes; como el sol á la tierra, el Señor Lorenzana

(a) Cap 1.

á sus fieles por la doctrina, y á los pobres y necesitados por la limosna.

Apenas se dexó ver en este suelo, quando la excelsa dignidad á que era llamado le dió materia para publicar su justificada conducta. Los empleos vacantes llegaron á su noticia, los pretendientes se acercaron como á saludarle á su desembarco, y la naturaleza quiso levantar su voz por los parientes. Pero vigilante siempre, y atento á conservar su pureza, casi seguro de perderla si los suyos le dominasen, mantuvo en su corazon un fondo de rectitud, ley severa que se habia impuesto: con ella resistia los fuertes impulsos que excitaban los respetos; y no pensaba sino dar á cada uno lo que su mérito exîgia, sin proponerse para la eleccion mas que el acierto. Tan conocida era su integridad que llegaron algunos á notarle de inhumano.

¿Con quánta moderacion sufrió el insulto de un personage visible, porque haciendo la causa de uno de sus parientes no le quiso atender? Si en ellos encontraba talento, no era insensible á los gritos de la san-

gre; pero sabia muy bien que las gracias que sorprehende van desecando poco á poco el xugo del buen gobierno, y no son conformes al espíritu de la disciplina, que por el ministerio que exerce debe hacer observar. Jamás estrechó tanto los límites de su autoridad como quando habia de emplearla en favor de los que mas queria: su mano entónces detenia las gracias que su corazon se inclinaba á conceder. No ignoraba, que es muy conforme á la caridad, y que no desdice de la rectitud, atender á los domésticos: cercado siempre de una multitud que sustentaba, era perspicaz para emplear á cada uno en el destino que mejor adaptaba á su capacidad y talento. Sabia en fin que nada le faltaba; pero que todos necesitaban de él, como depositario que habia hecho el Señor de tantos bienes.

La Iglesia, para quien se los habia entregado, volvió á recibirles la primera para su misma utilidad. Era ella el otro objeto, y el principal de su infatigable desvelo. ¿Quánto trabajó para educar sugetos propios que la defendiesen? ¿Ignora por ven-

tura alguno de nosotros que se declaró protector público de los que la servian? ¿Que les acogia con benevolencia, que les ayudaba en sus tareas, y costeaba sus obras? ¿Qué hombre mas cuidadoso de buscarles, para que le ayudasen en su penoso ministerio, y proyectos importantes? ¿Quién mas activo para que se formasen aquellos mil pacíficos, que habian de custodiar la viña que tiene el Señor continuamente á la vista (*a*)?

Se le ofrece el pensamiento de edificar una Universidad, y nada le acobarda; nada le detiene en su execucion: vence generosamente los estorbos que le opusieron hasta que elevó á la grandeza en que le vemos ese edificio, que en la estructura compite con la de todas las Universidades del Reyno: que en sanidad sin duda las excede: tan alegre que infunde ardor y espíritu para desterrar la pereza, el mayor enemigo del estudio y del trabajo: tan noble y generosa, que los maestros comunican sus luces con tanta puntualidad, como desinteres. Es-

(*a*) Cant. 8.

ta es aquella Escuela que reconcentró en medio de nuestro pueblo, y sacó de la obscuridad en que estaba como sepultada, y dentro de poco tiempo acaso en sus mismos escombros: aquí esperaba se formasen estos varones tan importantes á la Iglesia, tan útiles al Estado, beneficos á las familias, que conciliasen estimacion para sí mismos, y recogiesen aquellas instrucciones que les deben conducir al puerto de la verdad.

Pero ¿qué importaba todo esto si se contentara solamente con preparar los *valientes que habian de defender el lecho de Salomon* (a)? Era preciso tambien velar sobre su extremada pureza y hermosura; y como la gloria *de la hija del Rey resplandece* (b), especialmente *en el interior*; por su mismo decoro debe infundir veneracion á sus hijos, y respeto á los extraños. ¿Y qué cosa mas eficaz á este fin que el culto divino? Si el Señor Lorenzana fué tan religioso quando Canónigo; quando Arzobispo, que le debia promover por oficio, vuelve hácia él to-

(a) Cant. 3. (b) Psalm. 44.

da su atencion. Sabia muy bien que entre sus preciosas y venerables antigüedades conserva esta Iglesia el Rezo Muzarabe, tan antiguo segun unos como San Isidoro, y que otros alargan á tiempos mas remotos; que, aunque tan puro en su orígen, hubo de perder en la inundacion de los Arabes su sencilla nobleza y explendor, y hasta su mismo nombre: lastimado el Señor Lorenzana al ver quanto se habia sentido de la desgracia de los tiempos, por los innumerables yerros que habia incorporado en él la ignorancia de unos, la grosería de otros, ó el descuido, le expurgó y reduxo á su explendor antiguo, haciendo imprimir el Breviario con la exâctitud mas escrupulosa, para que la edicion saliera al Público en la grandeza que á todos admira.

En los mismos y tan hermosos caracteres llenó tambien los deseos de los hijos verdaderos de la Iglesia, recogiendo y dexando compiladas las obras de los Padres Toledanos y Predicadores suyos, ó dignos Ministros. Como si no bastara á esta antorcha la luz propia que el Señor le habia infun-

dido, se reviste para alumbrar la Iglesia entera y la España de la luz y resplandor de los Montanos, de los Eugenios, de los Braulios, de los Julianos é Ildefonsos, acabando su vida en Roma, quando estaba ya para presentar al mundo la doctrina universal del doctor comun el glorioso San Isidoro.

Es verdad que toda esta luz servia á los doctos, para sí mismos, y para instruir á los tardos y rudos; ¿pero un zelo como el suyo, tan ardiente, universal é ilustrado no encontraria leche que *dar de beber á los niños* (*a*), ó un alimento propio de párvulos? ¡O discrecion ciertamente divina! Como todas sus ovejas, aun las del comun del pueblo, le llevaban sus desvelos, puso en sus manos el incomparable y precioso librito, nunca bien alabado, y jamas bastante leido, la carta verdaderamente apostólica de su dignísimo predecesor el Señor Valero. ¿Podia proponeros instrucciones mas sencillas, mas acomodadas, mas sólidas, para abrir los ojos

(*a*) 1. ad Corint. 5.

á la verdad, para preservarnos de la corrupcion, y no descaminarnos por los falsos informes del mundo, de sus máxîmas, de sus costumbres é ilusion, que los avisos oportunos que contiene?...

Pero no bien satisfecho aun con distribuirles alimento tan proporcionado para el alma, como para deshacerse todo en su provecho, les hizo depositarios de quanto le quedaba, socorriéndoles en sus necesidades. ¿Qué nuevo campo se descubre aquí á mi discurso? ¡Ah, si el espíritu del Señor elevara el mio para alabar sus misericordias, publicando las que hizo el Señor Lorenzana! Hay en todos nosotros impreso un sentimiento general, de que no debe exîstir el que no hace bien; que el que es bienhechor imita á Dios. El hombre vé cada año crecer las espigas que le envia para el sustento, los racimos que le reparte para recrearle, y tantas riquezas que salen del tesoro de su liberalidad: nada nos debe el Señor, y sin embargo nos lo da; pero nosotros debemos al pobre el socorro. ¡Oh, cómo confunde hoy la memoria del Señor Lorenzana esos hom-

bres, que mas crueles que las fieras ahogan en su duro corazon la obra misma de la naturaleza! ¡Que en tiempo tan calamitoso como el presente, en una necesidad tan pública tienen al parecer heladas las manos, y entrañas de bronce!

Nuestro Prelado fué uno de aquellos hombres de misericordia, cuya piedad fué inagotable. ¿Os le representaré yo rodeado de una tropa de mendigos, repartiendo á dos manos el pan, con la una el del alma, y con la otra el del cuerpo? ¿Os llevaré, siguiéndole en su viage penoso á Orán, derramando bienes por esos caminos, y diferentes Lugares del Arzobispado; dexando en todas partes tiernos vestigios de su compasion; dando á unos con que suplir la escasez de la cosecha, y á otros con que reparar las desgracias de la fortuna? ¡O amados mios! Todo quanto le representaba á Jesu-Christo paciente, fué siempre el objeto de su compasion; y su caridad no tuvo otros límites que los que el Señor habia puesto á sus facultades y deseos. Retretes sombríos y honrados: ¡ó quántos testigos, es-

pecialmente en la Corte! Casas de vergüenza y miseria, ¿quántas veces hizo llegar hasta vuestro seno sus abundantes socorros? Acaso la inquietud que vuestra necesidad le causaba excedia el deseo, que teniais vosotros por salir de ella. Religiosos Monasterios y Claustros virginales, ¿no os gozasteis de ver cumplida la promesa, y palabra del Señor, *de que nada falta á los que le temen* (*a*), por medio de su mano benéfica, aunque oculta?

Dexemos pues tapadas estas y otras muchas limosnas con el precioso velo de la caridad; pero las que su misma publicidad está mostrando, ¡cómo! ¡O corazon verdaderamente grande, que al parecer queria remediar todas las miserias públicas, y amparar todas las necesidades particulares! Quando sentimos aquella espantosa é increible revolucion, que conmovió ese reyno vecino, y confundió toda clase de personas: que hizo temblar el Trono por el temor de su ruina: que despues de tan funesto presentimiento

(*a*) Psalm. 33.

llegó á verse regado con la inocente y sagrada sangre de su legítimo poseedor, y envueltas en ella tambien las personas mas visibles de la familia; quando en aquel tiempo de trastorno é inhumanidad se vieron los unos víctimas de la fidelidad; otros huyendo la persecucion de Ciudad en Ciudad: quando los Sacerdotes del Señor gimiendo, levantados por la violencia de la tempestad, y arrancados los Obispos de entre sus ovejas, les encontramos arrojados como preciosos despojos á nuestras puertas: entónces se abrieron de par en par las de las entrañas piadosas del Señor Lorenzana: solo entónces se le descubrió la envidia; envidia santa, que se dolia de que otros le hubiesen prevenido, acogiendo á alguno de estos prófugos y perseguidos por la justicia, porque á todos buscaba para socorrerles, como si cada uno fuese derecho propio de su caridad.

¿No vimos despues al Supremo Pastor? ¿quién no se estremeció, quando le vimos separado de la sombra de los Apóstoles con que se protegia; que le era forzoso apartarse de su amada Jerusalen, abandonar su casa, su

patrimonio, sus consejeros y amigos (*a*)? ¿ fué acaso algun Semei, que le salió á maldecir en su desgracia? ¡ O amados mios! Fué el Señor Lorenzana el que no le desamparó en su retiro, el que le socorrió y sustentó, privándose de las cosas mas necesarias en alivio del dulce y paciente Pio VI. ¡O Jesus, Supremo Pontífice, Rey de Reyes, y Señor Soberano! ¿Cómo dexais de complaceros contemplando estos dos Sacerdotes; al uno en la mayor tribulacion, herencia legítima que vos le dexasteis; y al otro lleno de ternura y ardiendo en caridad, divisa propia de vuestros verdaderos discípulos? Angeles del cielo, ¿qué escena os presentaron tan agradable? Apóstoles Santos: ¡ah!

¡O incomparable Prelado, á quien no solamente las personas llenaron de compasion, sino tambien por las personas los Lugares mismos, que publicaban su miseria! Las cárceles, casas de caridad y hospitales, ¿quántos monumentos para su eterna memoria? ¿Qué hombre mas compadecido de tan lasti-

(*a*) 2. Reg. 19.

mosas dolencias? Ya para proporcionar ayre mas puro á los dementes levanta un edificio tan soberbio, que es la admiracion de quantos le ven: ya para purificar las cárceles de la hediondez, llega casi á reedificarlas, para no dexar á aquellos infelices mas que los gemidos en que les hace prorrumpir el peso de las cadenas, y lobreguez de los calabozos, de que no les podia librar.

Su corazon, formado al parecer para beneficio de los pueblos y paises inmensos, por donde el Señor le llevó, despues que en México levantó aquella acogida de menesterosos, que cimentada en una casa despreciable ha ido creciendo despues hasta la grandeza y magnificencia en que hoy se admira; aquí dispone ese Palacio, maravilla de la Arquitectura; y allá en Ciudad-Real levanta desde los cimientos otra Casa de Caridad para recoger los desvalidos, para enseñar á niños pobres oficios propios con que ganar la vida, ser útiles al Estado, y desterrar la holgazanería. ¡Asilos de pobres! ¿Si llevasteis la atencion de su caridad en vida, habeis quedado tambien herederos de ella, en lo que antes

de la muerte no os pudo distribuir. En una palabra, dexó en quanto pudo mitigado el dolor, socorrida la pobreza, aliviados los miserables, labrando para sí mismo un camino seguro para ir á la gloria, porque *bienaventurados los misericordiosos, que ellos alcanzarán misericordia* (*a*).

Sin embargo, no creais que para templar vuestro dolor me empeño en exâgerar la virtud del Prelado que llorais. Bien sé que su vida ha sido arreglada; ¿pero acaso fué tan pura, que en nada le reprehendiera la conciencia? Pues aun entónces, decia San Pablo (*b*), no soy justificado. Se libró por la gracia de Dios de los desórdenes casi inseparables de la prosperidad, pero evitó constantemente las flaquezas de la naturaleza, *los deseos seculares*, como llama el Apóstol, los respetos humanos y condescendencias. Pues ved aqui la última y mayor demostracion de la providencia de Dios con el Señor Lorenzana.

El mundo discurrió quanto quiso so-

(*a*) Mat. 5. (*b*) 1. ad Cor. 4.

bre su viage á Italia, y sobre la renuncia del Arzobispado; pero como no sabe elevar sus pensamientos hasta adorar á Dios en sus altos designios, anda á tientas, y viene á estrellarse en su misma temeridad y presuncion. Este, vuelvo á decir, es el pasage de su vida, en que mas visiblemente se muestra el dedo de Dios. Es verdad que su mayor residencia era en la Corte, pero siempre en medio de sus ovejas, como buen pastor: se presentaba con freqüencia á los pies del Trono; pero para manifestar á la Monarquía entera su constante fidelidad como un vasallo tan distinguido: nunca fué depositario de los misterios de la Corte, porque consideraba lo era de los del cielo: en una palabra, nada le ataba para seguir al Señor adonde le llamase; y como siempre estuvo pendiente de la voluntad del Soberano, se le intima ir á Italia, y desaparece, apenas se nos dexó ver aquí para recibir la bendicion de la Vírgen, y despedirse.

Si el Señor Lorenzana hubiera acabado sus dias en medio de la fortuna, y con el peso de la dignidad que tantos años habia lle-

vado sobre sí: si al salir de Palacio, en medio del bullicio de la Corte, presentes en su imaginacion tantos alagüeños objetos, sin haber tenido tiempo de recogerse y repasar sus dias y momentos, hubiera sido presentado en el Tribunal de Dios, temblaria hablar de su muerte: ¿quán de temer seria que se le hubiera pegado aquel polvo contagioso que se levanta en la Corte? pero gracias á Dios que le conduxo por los altísimos caminos de su sabiduría, para que libre ya de la pesada carga del Arzobispado, volase á la Ciudad Santa, á los piés de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, á la presencia del Vicario de Jesu-Christo, y allí con tantos estímulos hiciese recibir su espíritu. ¡O felices seis años de quietud! porque en el discurso de ellos se aprovechó de todos sus momentos para no pensar en mas que servir sin distraccion á Jesu-Christo, y consumir en el fuego de la caridad impurezas y defectos que podia haber contraido.

Bendito sea Dios, que hoy puedo hablaros con alguna confianza de su muerte;

muerte para nosotros tan sensible, que el Señor, templando el golpe, nos hizo consentir antes de estar ciertos de ella. Voló su fama, y Roma enmudece; sin oirse mas que los lamentos de tantos pobres hasta allí socorridos, pero ahora desamparados. ¡La España se consterna, la Corte en duelo, y Toledo! ¡O Ciudad Imperial, atendida siempre con particular inclinacion! ¿Qué sentis vosotros, ó Ciudadanos, en esta pérdida? En vosotros veo renovado el tierno espectáculo que cuentan las Actas de los Apóstoles en la muerte de Dorcas (*a*): el uno muestra el vestido con que le cubrió; otro señala la casa que le edificó; éste cuenta la miseria en que le socorrió; aquella el dote con que la estableció; ¡y vosotros, pobrecitos, vosotros, á quienes á tropas enteras, viejos é imposibilitados alimentó: vosotros, niños tiernos, que llegasteis á consolar con la piadosa astucia de su caridad á vuestros ancianos padres en tiempos calamitosos! Le perdisteis ahora, perdisteis á vuestro bien-

(*a*) Cap. 9.

hechor, vuestro remedio, y vuestro padre; murió.

Murió el Señor Lorenzana, ¡ó muerte verdaderamente pronta y violenta! Pero ¡ó misericordia de Dios, que le habiais infundido temor, y aun deseo de lo mismo que le sucedió! ¡O muerte prevista mucho tiempo antes que le sorprehendiste en medio de sus afanes! ¿De quántas edificantes palabras, y saludables instrucciones nos has privado? ¿Con quánta atencion hubiera empleado los últimos momentos para humillarse delante de Dios, é implorar su misericordia? Pero ¡ó Señor! si pedis buenas obras, atended á la caridad que tan largamente exercitó con los pobres, y á las casas que para su alivio edificó: escuchad el clamor de tantas almas como remedió, y la voz de la sangre de vuestro Hijo, que os ofreció el dia mismo que llamó á la puerta para juzgarle.

Sacerdote del Señor, proseguid, acabad el sacrificio que habeis comenzado. ¿Qué alegría sentirá desde el cielo el Señor Lorenzana, ó quánto alivio desde el purgato-

rio, si su alma no está aun purificada, quando viere en tus manos la víctima de expiacion, el Cordero Inmaculado, que quita los pecados del mundo, á Jesu-Christo, que con su sangre pagó todas las penas que merecemos por nuestras culpas?

Y vosotros, amados oyentes mios, que celebrais con tanta devocion y ternura la memoria de tan benefico Prelado, avivad ahora vuestra fé, para unir vuestras oraciones con las del Ministro que ofrece el incruento sacrificio de nuestra reconciliacion, por el qual han de tener su eficacia. Considerad sus tristes despojos encerrados ya debaxo de una losa humilde que él mismo ideó: sus cenizas confundidas dentro de breve tiempo con las de otros muchos Cardenales que allí están sepultados: que lo único que les ha quedado del mundo, de las dignidades, de los honores, y tantos aplausos, no es mas que un profundo silencio, y sola la esperanza de haberse de levantar de allí en el último dia de los tiempos. Orad pues, á fin de que el Señor premie sus trabajos, y consume su misericordia con el que

tantas dispensó. Es lo único que hoy os pide, y espera de vosotros, para ir al eterno descanso de la paz.

Requiescat in pace.